

DIONISIA GARCÍA, *LA APUESTA*

JOSÉ MANUEL VIDAL ORTUÑO

Instituto José Luis Castillo-Puche (Yecla)

El poemario *La apuesta*¹ no hace más que corroborar el excelente momento creativo en el que se halla instalada, desde hace unos años, la escritora Dionisia García (Fuenteálamo, Albacete, 1929). Echando la vista atrás, de 2009 son la antología *Cordialmente suya* y su autobiografía *Correo interior*; títulos como *Voces detenidas*, de 2004, y *El caracol dorado*, más reciente, de 2013, la han convertido en uno de los autores más respetados dentro de ese género, tan en boga hoy, que es el aforismo; de 2012 es su penúltimo libro de poemas, *Señales*, y hace apenas un año presentó el librito de ensayos *Homenaje debido*. Todos estos títulos han sido publicados en una editorial tan reconocida como es Renacimiento.

La apuesta obtuvo el XXX Premio de poesía Barcarola, de Albacete, prestigioso galardón al que no le falta un jurado también prestigioso, ya que entre sus miembros encontramos a Luis Alberto de Cuenca, Marcos Ricardo Barnatán, Antonio Colinas o Blanca Andreu... El libro, pulcramente editado por Nausicaä, ha tenido una muy buena acogida crítica, según lo demuestran reseñas tan elogiosas como la de Francisco Javier Díez de Revenga («Disyuntivas en la incertidumbre») o la de Soren Peñalver («La espera confiada»), que aparecieron el 23 de enero de 2016 en el diario murciano *La Opinión*.

El tema general del libro es la trascendencia o la búsqueda de esa trascendencia, anticipado en dos citas iniciales: una de Agustín de Hipona, para quien «ninguna verdad puede ser totalmente comprendida por el hombre»; la otra, de Michel de Montaigne y su famoso interrogante «Que-sais-je?». A pesar de esa anunciada imposibilidad de conocer lo que nos trasciende, la autora se atreve a intentarlo. Y he ahí su apuesta.

Tres poemas sirven de prólogo a esta búsqueda y uno al final, el titulado «Adiós», hace de emocionado epílogo. Los del prólogo son algo así como una especie de entrada en materia, con no pocas reminiscencias de la poesía clásica. En «Preludio»,

¹ Dionisia García, *La apuesta*, Murcia, Nausicaä, (La rosa profunda), 2016.

una voz femenina, la de la escritora, busca «por la arboleda umbría» (pág. 11), trayéndonos a la memoria el recuerdo de San Juan de la Cruz. «Preambula fidei» nos presenta, metafóricamente, al agricultor que ara la tierra para que esta dé buenos frutos; una imagen agrícola de las que tantas hay en el *Libro de la vida* de Santa Teresa de Jesús. Y en «Noche» —¿homenaje tal vez a «Noche oscura del alma»?— la poeta se lamenta de cómo Dios ha sido relegado en la sociedad contemporánea («... ahora que se dice / de tu nombre olvidado en el cruce de épocas», pág. 15). Un tema —este último— sobre el que Dionisia volverá una y otra vez en distintos poemas de *La apuesta*.

La búsqueda de lo trascendente no impide que, de tarde en tarde, Dionisia García admire extasiada la belleza que hay en el mundo, la plenitud que el mundo nos ofrece, como buena alumna de Jorge Guillén. Si en *Señales* dio sobradas muestras de su preocupación por el dolor ajeno, en un alarde de nueva poesía comprometida, ahora los poemas de *La apuesta* cantan y ensalzan un mundo a ratos bello, todo esplendor fugaz, que muy juanramonianamente seguirá ahí cuando nosotros ya nos estemos para contemplarlo. Buen ejemplo de cuanto vengo diciendo es el poema «El oficio de mirar». Dirigido a un interlocutor más joven, le dice: «No interrogues al cielo ni sufras porque ignoras. / Mirar es el encargo, y nuestra vida, breve» (pág. 19). Así, lo aparentemente pequeño o cotidiano —aves, flores, insectos, árboles— representa una perfección más alta; leemos: «La hermosura del mundo, su realidad palpable / me dice del secreto y despierta el impulso. / Aprecio tanto bien» (pág. 19). Que la belleza del mundo es la antesala de la presencia de Dios es algo que está tanto en la filosofía como en la literatura clásicas y, por supuesto, en Dionisia García; así lo observamos en el poema «Atardece»: «Hermoso el mar sin límite / junto a la soledad / y el apagado bien de los colores» (son sus primeros versos); llega la hora del Ángelus «y Dios quiere venir entre la bruma» (pág. 43).

Y es que si hay una idea que ronda, de manera insistente, a lo largo de *La apuesta*, esa es la búsqueda de Dios. Un Dios que, de un modo espontáneo, estaba antaño en la cotidianidad de la niñez. Por eso, en «Realidad recobrada» (título de resonancias proustianas) hay un tiempo lejano que súbitamente retorna; un tiempo en el que «decían pan de Dios [...] y el beso recibía cuando, de manos torpes, / veíamos caer la rebanada» (pág. 46). Se lamenta la autora porque nuestro mundo, «altivo y desdenoso», que se distrae con tantas cosas banales, «... ya no quiere saber / ni desea buscar dónde Te albergas» (del poema «Negaciones» pág., pág. 39). Sin embargo, el emotivo acto de volver a leer «el húmedo renglón de Tu escritura, / tapada sin aviso en esta época», es capaz de resucitar en la mente de la escritora la presencia de Dios: «con respeto me inclino (dice) y llamo sin temores / a la puerta de siempre. Observo

que aún esperas» (de «Rescate», p. 23). Un indudable homenaje — al menos eso creo yo — a Lope de Vega y su «¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?».

La presencia constante de la muerte, que sigue como una sombra nuestros pasos, hace que Dionisia García se pregunte por el más allá. Esa muerte es la protagonista de «Inquietante compañía»: aquella que se llevó a un niño «que jugaba dichoso», la que llamó intempestiva a la casa «de aquel hombre, tranquilo en su disfrute / de un plato de pescado» (pág. 38). Pero ante ese trance que sabe certero, le queda la fe en Dios, la confianza en Dios, y la impotencia quizá de que un día traspase la «puerta última», «sin que pueda contar cuanto tras ella encuentre» (pág. 38). Por eso, en «Desde el ahora» — uno de los poemas más alabado —, Dionisia García se pregunta y le pregunta a los suyos: «No sé si, al otro lado, podré ver vuestros rostros, / tan hermosos y tibios cuando entráis en la casa», mientras al final les deja caer un ruego: «Buscadme donde esté para que os vea» (pág. 22).

Los hombres pasan; la belleza del mundo queda. Otros ojos, que por desgracia ya no serán los nuestros, la disfrutarán. Esa idea al menos se desprende de algunos poemas. Sobre el primer verso de «Ante lo transitorio» — «Detente, instante» — planea la sombra del *Fausto* de Goethe; dada la imposibilidad de parar el tiempo, la escritora pide «que mi pasar no quede, / pero sí la belleza de las cosas» (pág. 48). Y en «Línea fiel» aparece otra vez la belleza fugaz en «el horizonte lila / del mar en el ocaso»; una escondida hermosura que un día «no podremos mirar», pero que seguirán contemplando «otras miradas» interrogantes (pág. 44). Y de la belleza de la naturaleza, a la del arte. La perfección de un cuadro visto en el pasado quedará para el disfrute de otros ojos. De hecho, el poema «Recado» empieza: «Tú estás y yo he pasado»; recomienda a una nueva *peregrina* en la Toscana que mire «una Virgen con niño de Matteo Giovanni» (pág. 26), para después a la vuelta compartir juntas la experiencia. Estamos, sin duda, ante el azoriniano tema del tiempo como repetición.

Como dije al inicio, cierra este magnífico libro el poema «Adiós», en el que la voz poética se va despidiendo de los objetos cotidianos que la rodean y que significaron la dicha. Ni que decir tiene que sus versos tienen ecos cervantinos, machadianos y hasta cernudianos, si se quiere; pero Dionisia termina con un verso incontestable que es en sí mismo todo un canto de esperanza, el triunfo de la fe: «De Ti no me despido» (pág. 57). Dios es, por tanto, la única verdad para Dionisia García.

Es *La apuesta* el poemario más hondo y más conmovedor que he leído últimamente. Dionisia García ha alcanzado con él una madurez a la que no todos los poetas llegan. Estamos ante una poesía metafísica, profunda, religiosa, que nada a contracorriente de las modas. Una poesía que nos plantea los grandes interrogantes del ser humano, que se pregunta por el más allá, que reivindica a Dios en este huero mundo que ha dado en olvidarlo. Esa es la apuesta — y la lección — de Dionisia García.